

En los espectáculos

La cultura en el teatro

La cultura es la más simpática demostración en la persona.—Un traje elegante se considera indigno cuando lo lleva una persona mal educada, y las miradas de la gente decente se tornarán siempre agresivas contra esas personas desposeídas de todo principio de corrección.

Tal decimos por ciertos espectadores de teatro que abusan de su configuración humana para asistir,—orondos y satisfechos,—a ubicarse contiguo a cualquier persona que sabe de procederes personales, haciendo del recinto culto de un teatro una verdadera plaza de la vulgaridad.

Y no se diga con énfasis de disculpa que es la masa poblana la de estos desaciertos, porque hemos visto lechuguinos de clavel y bastón, hijos de un «Don Dinero» cualquiera, que van a los espectáculos a demostrar la flaqueza de su instrucción moral.

Al margen de las ideas

Habrán rebeldes?

Hoy más que nunca las nubes de la metafísica se disipan: la revolución social se impone cada día más. Cuando todo era barbarie o monocracia, los griegos lanzaron estas palabras que los hizo el primer pueblo de la antigüedad: «Libertad!» «¿Sumión?...» Oh! nó! ¡Rebeldía! Rebeldía mientras haya un hombre que sea carne de cañón!—Rebeldía mientras haya una mujer que sea carne de burdel!—Rebeldía mientras haya antros de corrupción!—Por rebeldía contra el fetichismo agudo y los prejuicios estúpidos, es que la conciencia colectiva se ha hecho pensadora.—La Verdad es la luz de la naturaleza y de la humanidad. En el misterio de las sombras se refocilan los buitres de las conciencias y en el pútrido pantano de sus ignominias agitan sus negras venganzas.

¡Qué bien os conocemos!

Femeninas-

NUESTRO MODO DE SER

No estamos aun lo suficientemente convencidas de que muchos de los triunfos de la vida se deben al don,—natural o adquirido,—que nos dá ascendente sobre nuestros semejantes. Es necesario dominar, ya por una cualidad innata, ya por un talento debido a un estudio perseverante. Pero para ocupar un lugar verdaderamente envidiable en el círculo de nuestras relaciones y fuera de él, es necesario reunir todas las cualidades que integran lo que se llama nuestra manera de ser, porque hasta hoy no se ha definido.

Emilia Castro Salas

Los futuros reos

Ya habréis visto muchas veces, al recorrer esas calles de Dios, niños que cruzan,—con una desfachatez que asombra,—con sendos cigarros en la boca; o habréis visto a algunos otros entrar como en su casa a una cantina, en donde se ponen a libar copas de licor.

De seguro que mucho de dolor y mucho de indignación se apodera de vosotros.—Dolor porque aquellos niños que apenas van por el principio de la vida, llevan ya sobre la frente el signo de las futuras desgracias, que son naturales consecuencias del vicio; indignación porque ellos al pasar horas enteras en el regazo del mal, no significan más que una amenaza para el hogar y para la sociedad.

Pues bien, a mí me causan tristeza, nada más que tristeza, esos pequeños vagos, porque pienso que la mayoría de ellos son los que se amamantaron en la miseria, los hijos de la pobreza, los que un día, moribunda la pobre madre, se echaron a la calle, a conseguir un pan, una medicina, y por encontrarlo todo se tuvieron que

hacer ladrones, pilletes sin ninguna noción del Bien y del Mal. Si, son ellos los que sintieron la sombra del dolor sobre su alma en vez de sentir la luz de la alegre primavera.

Son los que por el afán de vivir se van por el laberinto del mundo en busca de todo lo necesario para el sustento; y se tornan malvados sin quererlo, porque siendo inexpertos tomaron la compañía de algún hombre que los llevó por un fatal sendero.

Pobres de los pequeños vagos! El destino quiso poner su saña sobre ellos y les colocó en la pendiente del vicio; les dió de mamar en los escuálidos pechos de la miseria, para que luego se fueran desamparadamente por el mundo y se encontraron con la Fatalidad, con el Crimen talvez!

Pobres de los pequeños vagos! Rogad por ellos oh! madres que vivís en la opulencia y tenéis a salvo la infancia de vuestros hijos! Rogad por esos pilletes que tempranamente se asomaron al antro de todos los vicios!

Cosas de la vida....

El instante fatal

Todo en la vida tiene colores de muerte. - La alegría es trágica y la tristeza es siniestra. - Laliqne.

No tenemos nada que envidiar a las grandes ciudades europeas desde el punto de vista del suicidio.

La diferencia estriba en que allá se recurre a la muerte por medio del ácido carbónico o la inmersión y aquí se emplea un medio más rápido y seguro: el arma de fuego.

No sabemos a qué atribuir ese estado morboso porque atraviesa la humanidad en el siglo xx y que amenaza invadir a los pueblos jóvenes y vigorosos.

Es la falta de fe o carencia de intrepidez para soportar los atroces golpes de la adversa suerte?

Creemos que ambas cosas.

Pero indudablemente y aunque parezca contradictorio, se necesita en el fatal instante de valor sobrehumano para lanzarse de repente a la región de lo desconocido, sin saber en qué puesto nos deje la nave en que nos embarcamos para la eternidad.

¿O tal vez se pierda en aquel horrible momento, bajo el peso de la demencia, el recuerdo de cuanto rodea a la criatura y le atrae hacia el mundo?

De otra manera no se podría explicar que se abandone de improviso a los seres queridos.

Todo iría perfectamente si fuéramos a convertirnos en un poco de polvo y a descansar para siem-

pre como los brutos en el seno de la madre tierra.

Pero todo indica que el alma del hombre es inmortal.

El filósofo Pascal, escéptico en el fondo, recomienda que se crea en la otra vida «por si acaso.»

Al ser cierta la teoría de los materialistas, nada habremos perdido con nuestra fe en la vida futura, y si existe de veras, llegaremos a la meta ansiada.

¡Pobres espíritus, que al sentir la mano descarnada de la realidad perdieron la luz divina de la razón cayendo en el abismo para no resurgir jamás!

Sin duda no estaban acostumbrados a luchar y a vencer el infortunio.

Por el mundo vagan muchos desventurados que llevan la corona de espinas sobre la frente y en sus hombros la más abrumadora cruz, y sin embargo no sueñan en poner término a su martirio.

No mutilemos nuestro destino porque lo único irremediable es la muerte.

¿Por qué han de recurrir a ella los naufragos de la vida como a la única tabla de salvación?

En la aterradora frecuencia con que se repiten los suicidios, como dice Lombroso, influye mucho la sugestión y el ejemplo.

Deber es de los periodistas procurar destruir esa llaga que corroe nuestro organismo social.

De lo contrario, cuando querramos remediar el mal, ya será tarde.

Para las autoridades...

La vida humana en peligro

Si los daños sociales son una amenaza terrible para la civilización del porvenir, los perjuicios prácticos y accidentales son doblemente lamentables en la civilización presente. Y no se diga como evasiva sin crédito que sólo debemos alimentarnos del ideal o del doctrinarismo, como otros órganos análogos se dedican a relatar lo sensacional, lo que sucede hoy, sin que mañana haya ni siquiera un recuerdo de lo que sucedió ayer, sin que se observe en el diarismo actual un comentario siquiera lejano de lo incorrecto, que sirva de previsión para las venideras desgracias.

¡Qué hacer! El periodismo nuestro vive del pueblo, pero lo que menos le importa es el pueblo mismo.

Quién se ha atrevido a decir con autorizada aclamación que esas carreras vertiginosas de los automóviles en una ciudad tan pequeña como San José son atentatorias a la vida humana, y lo que es más cruel y triste, a la vida infantil?

Nadie!—Parece suficiente con decir que a un niño le trituró la cabeza un automóvil y que el hecho fué casual, lo cual es una autorización indirecta para que todos abusemos de ese nuevo versículo de las leyes, y como si en nuestros códigos no existiera agravante para esos casos tan especiales que se llaman de «imprudencia temeraria.»

No queremos el castigo injusto para nadie y sería nuestro mayor anhelo que viviéramos cobijados con el manto de la justicia.—Pero queremos aclarar como imparciales y como humanos que hay mucho abuso en el manejo de vehículos en San José, con grave amenaza, repetimos, de la vida humana.

Y lo más grave del caso es que en todas las esferas existe la desigualdad. Un agente del orden no se atreve a reprimir a un conductor de automóvil por indebido que sea su proceder; en cambio, estos mismos agentes del orden arremeten su gallardía con un infeliz carretonero!

Callemos mejor. No vaya a ser que se nos ocurra decir en forma que San José de noche es un tormento para los vecinos honrados que desean dormir tranquilos, pues no sólo el estruendo de la gasolina los despierta sino la escandalosa algarabía con que saludan la madrugada los bohemios de la capota y del asiento de resortes.

Sabemos que hay un buen reglamento de automóviles, pero para qué? Si al acercarnos a interrogar a un policía sobre el particular no sabe si le hablamos del sol o de las estrellas; y si lo supiera ¡pobre de él! porque muchas veces en esos autos que ocasionan desgracias van acomodados altos gobernistas o engalonadas figuras de hombres «honrados».